

2.1 Copenhague

Entre dos cumbres históricas

EL TREN PERDIDO EN Copenhague

La cumbre de Copenhague era una cumbre precedida por un halo de esperanza. Ambientalistas, políticos, científicos y personas anónimas fijaron la primera semana de diciembre de 2009 como un momento histórico en la lucha contra el cambio climático. No fue así, y semanas antes de la cita las expectativas auguraban algo parecido al resultado final: un acuerdo de mínimos obtenido a última hora, cuando algunos líderes ya habían abandonado el Bella Center de Copenhague. Durante los meses posteriores se han sucedido hechos tan graves como los vertidos de México y Hungría y fenómenos meteorológicos extremos.

En Copenhague no solo se dio la espalda a un problema medioambiental sin retorno; los dirigentes del mundo, en su mayoría, decepcionaron a la opinión pública global que, todavía entonces, vivía con la esperanza de sentirse parte activa de la historia.

Según Joaquín Nieto, presidente de honor de la Fundación Sustainlabour y exsecretario confederal de Salud Laboral y Medio Ambiente de Comisiones Obreras (CC OO), las expectativas depositadas en la cumbre no eran en absoluto infundadas, ya que «no en todo momento se deciden políticas a nivel

Después de Kioto y Bali, las cumbres sobre medio ambiente celebradas en Copenhague y Cancún, con solo un año de intervalo, han servido para demostrar la disparidad de criterios entre los países más poderosos del planeta sobre cómo concretar y aplicar compromisos para frenar el cambio climático. Los doce meses transcurridos entre ambas cumbres han sido un fiel reflejo de la situación actual del planeta, y no únicamente a nivel medioambiental.

mundial para los siguientes veinte o treinta años». Además, afirmó Nieto, «existía una hoja de ruta aprobada dos años antes en Bali que establecía las decisiones a tomar en Copenhague. Esta hoja de ruta fijaba el marco de decisión en los cuatro pilares de la agenda climática: mitigación, adaptación, cooperación financiera y transferencia tecnológica. Las grandes decisiones acerca de estos puntos nodales para el devenir del desarrollo económico y humano no se tomaron, y eso supuso una gran decepción».

Tras muchos años de preparación por parte de las delegaciones asistentes, integradas no solo por políticos sino también por científicos, ambientalistas y pensadores, la Cumbre del Clima de Copenhague (COP 15) tuvo lugar el 7 de diciembre de 2009. El propósito inicial de la misma era, tal y como se había anunciado a bom-

bo y platillo desde numerosos ámbitos, alcanzar un acuerdo global consensuado sobre el cambio climático que sustituyera al Protocolo de Kioto cuando expirase su vigencia en el año 2012.

A medida que se acercaba la fecha del encuentro la esperanza iba reduciéndose, y a mediados del mes de noviembre, semanas antes de la celebración, y para sorpresa de muchos, se rebajaron las expectativas de éxito a un simple acuerdo no vinculante por parte de los jefes de Estado más influyentes. Ante esta situación, la población y las organizaciones ecologistas de todo el mundo se movilizaron y «tomaron» la capital danesa para exigir el acuerdo anunciado y denunciar que habían sido excluidos de las discusiones sin miramientos y mediante desproporcionadas cargas policiales.

El trabajo de las delegaciones, que ha-



Ban Ki-Moon, secretario general de la ONU, durante la cumbre de Copenhague.

bían pasado años preparando el encuentro, quedaba reducido a la nada. Durante las horas finales, con algunos líderes abandonando el centro de convenciones Bella Center sin hacer declaración alguna, un puñado de dirigentes acordaron una solución de mínimos.

Estados Unidos, con Obama al frente, China, India, Brasil y Sudáfrica formularon un documento que pasó de ser una simple declaración de intenciones a convertirse en el Acuerdo de Copenhague. Este acuerdo decía que todos los Estados reducirían sus emisiones de CO₂, aunque no de una manera vinculante. Aquellos que buscaban algo positivo en el acuerdo afirmaban que, por primera vez, todos los países más contaminantes, incluyendo a Estados Unidos y China, proponían de manera conjunta una reducción de sus emisiones y una serie

de millonarias ayudas económicas a los países en vías de desarrollo para adecuar dicho desarrollo a las nuevas exigencias internacionales.

Escasos resultados

El resultado de la Cumbre del Clima de Copenhague fue realmente una declaración de intenciones que no pudo alcanzar el grado de protocolo requerido debido al boicot de países como Venezuela, Cuba, Bolivia y Nicaragua. Por esta razón el acuerdo no pasa de ser un acuerdo político ni puede adquirir el estatus de legalidad u oficialidad en el seno de las Naciones Unidas.

Pero más allá de la legalidad del mismo, el acuerdo ni siquiera fija objetivos específicos, sino que alude a directrices someras y demasiado generales. Algunos ejemplos extraídos del acuerdo re-

Organizaciones ecologistas de todo el mundo exigieron el acuerdo

flejan este hecho: «Hacemos hincapié –se afirma en el acuerdo– en nuestra voluntad política firme para combatir de forma urgente el cambio climático, de conformidad con el principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas, y con las capacidades respectivas...»; «...estamos de acuerdo en que se requiere la reducción drástica de las emisiones mundiales, según lo establecido por la ciencia...»; «...debemos cooperar para alcanzar el pico máximo de emisiones mundiales y nacionales tan pronto como sea posible, reconociendo que el plazo para ese pico será más prolongado en los países en desarrollo y teniendo en cuenta que el desarrollo so-

Se planteó la creación de un Fondo Verde del Clima para llevar a cabo acciones de mitigación, reducción de la deforestación y adaptación tecnológica para afrontar el objetivo común

cial y económico y la erradicación de la pobreza son prioridades básicas y fundamentales de los países en desarrollo, y que una estrategia de emisiones bajas es indispensable para el desarrollo sostenible».

Según el Acuerdo de Copenhague, «las Partes del anexo I –es decir, los países desarrollados– se comprometen a ejecutar, individual o conjuntamente, los objetivos macroeconómicos cuantificados de emisión para 2020, que serán presentados por las Partes del anexo I a la Secretaría antes del 31 de enero de 2010 y serán compilados en un documento». Resulta, pues, que este acuerdo era simplemente voluntario para los países firmantes y que los objetivos de emisiones de CO₂ no se preveían alcanzar de manera coordinada, con lo que todo quedó en un compromiso extraoficial no vinculante. En cualquier caso, el único compromiso que aparece en el acuerdo es el de cumplir los objetivos del mismo antes de 2015.

Otro de los compromisos recogidos en el acuerdo fue el adquirido por los países desarrollados para implementar una serie de acciones que mitiguen el calentamiento global. Por su parte, los países en vías de desarrollo y los pequeños Estados tomarían, según el texto, medidas individuales y voluntarias como apoyo al proceso, reportando informes científicos detallados cada dos años.

Fondo Verde del Clima

El pacto de mínimos también subraya la importancia del establecimiento de



Un momento de la reunión en Copenhague.

mecanismos inmediatos para movilizar recursos financieros desde los países desarrollados para combatir la deforestación y la degradación medioambiental. Esta última fue, quizás, la única medida concreta recogida, pese a no tratarse de un acuerdo vinculante de cumplimiento obligatorio.

Del mismo modo, se planteó la creación de un Fondo Verde del Clima, destinado a los países en vías de desarrollo para llevar a cabo acciones de mitigación, reducción de la deforestación, adaptación, mejora tecnológica y transferencia de conocimientos para afrontar el objetivo común.

El fondo debería alcanzar los 30 billones de dólares entre 2010 y 2012, y los 100 billones en 2020. Las dudas al respecto de este punto surgieron cuando no se especificó ningún compromiso vinculante ni las posibles fuentes de financiación. «Decidimos –figura en la declaración– que el Fondo Verde del Clima de Copenhague se constituirá como una entidad operativa del mecanismo financiero de la Convención para apoyar proyectos, programas, políticas y otras actividades en los países en desarrollo».

Obama afirmó que se trataba del primer pacto en el que las mayores economías se habían unido para aceptar su responsabilidad, pero que este acuerdo no era suficiente

La Administración Obama defendió el acuerdo como «un gran paso adelante». El propio Barack Obama afirmó que se trataba del primer pacto en la historia en el que las mayores economías se habían unido para aceptar su responsabilidad, pero que este acuerdo «no era suficiente».

China, a través de su ministro de Asuntos Exteriores, Yang Jiechi, describió los resultados del encuentro como «significativos y positivos». Desde la Unión Europea –la gran perdedora de la cita– los comentarios fueron mucho más pesimistas y desalentadores. Ambos fueron protagonistas por ser el centro de las discusiones durante las dos semanas que duró la cumbre, y la poderosa China –una de las grandes contaminantes del planeta– se vio beneficiada con el acuerdo final. ♦